

EL

CONTRA LA

CONFLICTO

SOBREDIMENSIÓN

NO ES

DEL DAÑO

ABUSO

SARAH SCHULMAN

PAIDÓS

EL CONFLICTO NO ES ABUSO

CONTRA LA SOBREDIMENSIÓN DEL DAÑO

SARAH SCHULMAN

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

NICOLÁS CUELLO Y DIEGO DEL VALLE RÍOS

 PAIDÓS

Índice

Prólogo. Desarmar la crueldad, conversar a través
de la diferencia, *Nicolás Cuello y Diego del Valle Ríos* 17

Introducción. Un manifiesto de la reparación 29

PRIMERA PARTE

EL YO CONFLICTIVO Y EL ESTADO ABUSIVO

1. En el amor, el conflicto no es abuso 51
El peligroso coqueteo 53
*Correos electrónicos, mensajes de texto
y escalada negativa* 59
Modos reductivos de la ilógica 64
2. Abandonar lo personal: el Estado
y la producción de abuso 73
*Comprender es más importante que producir
una víctima* 79
*Relaciones profundas auténticas vs. vinculaciones
a través del bullying* 83

- Cuando la comunidad alienta la reacción
sobredimensionada* 91
- Las acusaciones falsas y el Estado* 95
3. La policía y la política de la sobredimensión del daño 101
- La policía como árbitro de las relaciones* 103
- “Violencia”, la violencia y el daño de nombrar
mal el daño* 114
- Llamar a la policía ante incidentes singulares
de violencia* 119
- Llamar a la policía por tu pareja cuando es tu padre
el que debería ir a la cárcel* 130
4. Criminalización del VIH en Canadá: cómo la clase
media más rica del mundo decidió denunciar en la
policía a personas con VIH para encubrir su racismo,
culpa y ansiedad sobre la sexualidad y su inversión
en castigo basada en la supremacía 137
- Privilegios y resolución de problemas en el contexto
de Canadá y Estados Unidos* 138
- Piense dos veces antes de llamar a la policía* 140
- Las raíces raciales de la criminalización
del VIH en Canadá* 141
- Carga viral y Estado* 142
- Ser “abusado” en lugar de responsable
como política estatal* 144
- Criminalización de la experiencia humana* 147
- Las mujeres como monstruos* 151
- Delitos que no pueden ocurrir* 154
- Apelar al abuso como excusa para el control
gubernamental* 155
- Declaraciones de abuso como afirmación
de la normatividad* 158
- En conflicto: los verdaderos amigos no dejan
que sus amigos llamen a la policía* 163

SEGUNDA PARTE
EL IMPULSO A ESCALAR

5. Sobre la escalada 169
La ideología supremacista como rechazo del conocimiento 170
Comportamiento traumático: cuando el conocimiento se vuelve insoportable 175
Interrumpir la escalada antes de que produzca una tragedia 180
El control está en el centro de la supremacía y del comportamiento traumatizado 185
La fabricación de monstruos como pensamiento delirante 190
El hábito cultural de reconocer la interpretación distorsionada 193
La negación de los padecimientos mentales 195
6. Reacción de huida maniaca: detonante + rechazo 201
Detonante + rechazo #1: reacción maniaca de huida (psicoanálisis histórico) 205
Detonante + rechazo #2: episodio límite (psiquiatría y psicología pop) 209
Detonante + rechazo #3: luchar, huir, inmovilizar (mindfulness, budismo estadounidense) 217
Detonante + rechazo #4: desapego al hachazo (Alcohólicos Anónimos) 223
Todos están de acuerdo: demora y comunidad responsable 226
7. Familias queer, maternidad compensatoria y la cultura política de la escalada 229
Las familias buenas no hacen daño a los demás 232
Repensar la ética familiar como forma de reducción de daños 235

Las familias queer y la ideología supremacista 238
*La maternidad compensatoria
y la necesidad de culpar* 242

TERCERA PARTE

SUPREMACÍA/TRAUMA Y LA JUSTIFICACIÓN
DE LA INJUSTICIA: LA GUERRA ISRAELÍ CONTRA GAZA

8. Ver el desarrollo del genocidio en tiempo real:
Gaza a través de Facebook y Twitter,
2 de junio al 23 de julio de 2014 251
La estrategia de la acusación falsa 252
*Cuando necesitamos ser “abusados”, la verdad
no importa* 263

Conclusión. El deber de reparar 321

Agradecimientos 333

Bibliografía 337

Citas por página 345

Acerca de la autora 347

INTRODUCCIÓN

Un manifiesto de la reparación

No todo lo que se enfrenta se puede cambiar; pero nada puede ser cambiado hasta que no se enfrenta.

—JAMES BALDWIN

Mientras comenzaba este libro, durante el verano de 2014, la comunidad humana atestiguó, con agotamiento y frustración, la repetición sistémica de la crueldad injustificada. Vimos policías blancos en Ferguson, Missouri y Staten Island, Nueva York, asesinar a dos hombres negros desarmados, Michael Brown y Eric Garner. Vimos a un jugador profesional de fútbol americano rico y poderoso, Ray Rice, golpear a su esposa, Janay, hasta dejarla inconsciente en un ascensor. Vimos al gobierno israelí asesinar en masa a más de dos mil civiles palestinos en Gaza. De inmediato resultó evidente que los métodos que hemos desarrollado colectivamente hasta la fecha para comprender este tipo de acciones a fin de evitarlas no son adecuados.

Como novelista, para crear personajes que tengan credibilidad, aplico el principio de que las personas hacen las cosas por determinadas razones, incluso si no son conscientes de esas razones o si no pueden aceptar que sus acciones tienen una motivación, en lugar de ser neutrales y objetivas. Usando este principio para examinar esos eventos, tengo que preguntarme qué *piensan* los policías blancos, el jugador de fútbol rico y el Estado-nación militarizado que está sucediendo que produce y justifica la brutalidad de sus acciones. Como ates-

tiguan el video y los relatos de los testigos, ni Michael Brown, ni Eric Garner hicieron nada que justificara la forma en que fueron tratados por la policía. Eric Garner vendía cigarrillos sueltos y Michael Brown caminaba por la calle. Ambos intentaron ofrecer a la policía alternativas a la crueldad. Eric Garner informó a la policía de las consecuencias de sus acciones sobre él, cuando les dijo once veces, mientras lo estrangulaban ilegalmente: “No puedo respirar”. Michael Brown levantó las manos en señal de rendición y dijo: “No disparen”. Pero algo ocurrió dentro de las mentes, los impulsos y las identidades grupales de los policías blancos, en el sentido de que interpretaron ese no evento original, combinado con comunicaciones fácticas y pacificadoras, como una especie de amenaza o ataque. En otras palabras, estos policías observaron la *nada misma*, la completa ausencia de amenaza, y allí vieron un peligro lo suficientemente grave como para justificar el asesinato. No pasó nada, pero esta gente con poder vio *abuso*.

Sabemos por las imágenes de las cámaras de seguridad tomadas en el vestíbulo de un casino y en un ascensor que el corredor de los Baltimore Ravens, Ray Rice, y su esposa estaban discutiendo. Por mucho que no nos gusten las peleas con nuestras parejas y deseemos que no sucedan, el desacuerdo con nuestro amante es una parte común de la experiencia humana. Es imposible vivir sin que nunca ocurra. El desacuerdo íntimo es, como dicen, *la vida*. Sin embargo, Ray Rice experimentó ese conflicto de carácter común y regular que existe en cada relación, familia y hogar en el mundo como algo tan abrumadoramente insoportable y amenazante que golpeó a su esposa hasta dejarla inconsciente y arrastró su cuerpo exánime por los tobillos fuera del ascensor y la dejó tirada inerte en un pasillo. Observó ese conflicto común y cotidiano respondiendo con extrema crueldad. Observó la expresión regular, incluso banal, de la diferencia y vio una *amenaza*.

El gobierno israelí mantiene asediada la Franja de Gaza palestina desde 2005. Esto ha vuelto insoportable la vida cotidiana de sus habitantes. Hacia finales de la primavera del año 2014, el gobierno de Benjamin Netanyahu intensificó la presión sobre los palestinos, que ya sufrían, y algunas fac-

ciones dentro de Gaza respondieron con cohetes de tan mala calidad que sólo tuvieron un impacto simbólico. El gobierno israelí reaccionó a su vez a esta respuesta con más de dos días de bombardeos aéreos e invasiones terrestres que causaron muertes masivas y destrucción a gran escala, literalmente, de su infraestructura cultural y psicológica. Los habitantes de Gaza estaban reaccionando a un estado de injusticia que habían creado los israelíes: estaban *resistiendo*. Se negaban a aceptar un trato insoportable e injustificable. Los israelíes experimentaron esta resistencia al trato injusto en curso como un *ataque*.

Brown y Garner no hicieron absolutamente nada más que ser negros. Janay Rice expresó un conflicto común y corriente. Los habitantes de Gaza resistieron un trato insoportable. En todos estos casos, la policía, el esposo y la nación sobredimensionaron el daño. Tomaron la Nada, el Conflicto Común y la Resistencia, y tergiversaron estas posturas razonables de diferencia como Abuso. Desde la intimidad de una relación entre dos personas, pasando por el poder de la policía hasta la aplastante realidad de la ocupación, estos actores desplegaron una interpretación distorsionada en la que comportamientos justificables se entendieron como agresiones. De esta forma, reaccionaron de forma desmedida a un nivel que produjo tragedia, dolor y división. Es ese momento de reacción desmedida el que deseo examinar en este libro. Mi tesis es que en muchos niveles de la interacción humana existe la oportunidad de combinar la incomodidad con la amenaza, confundir la ansiedad interna con el peligro exterior y, a su vez, escalar en lugar de resolver. Mostraré cómo esta dinámica, ya sea entre dos individuos, entre grupos de personas, entre gobiernos y civiles o entre naciones, es una oportunidad fundamental para la tragedia o la paz. El conocimiento consciente de estos mecanismos políticos y emocionales nos brinda la posibilidad de enfrentarnos a nosotros mismos, de lograr el reconocimiento y la comprensión para evitar una escalada hacia un dolor innecesario.

METODOLOGÍA

Baso mi perspectiva en lo queer: utilizo ejemplos queer, cito autores queer, estoy enraizada en puntos de vista queer, abordo e investigo inquietudes y tendencias en el discurso queer. Vengo directamente de un análisis histórico del poder, en concreto lésbico, arraigado generacionalmente en Audre Lorde y Adrienne Rich, en el que las dinámicas sexuales, raciales, materiales, emocionales, coloniales y de género se consideran continuas e interrelacionadas. Audre en particular, en su clásico *Zami: A New Spelling of My Name* [*Zami una biomitografía: una nueva forma de escribir mi nombre*], al que llamó “biomitografía”, abordó en forma directa la cuestión del género por el simple hecho de inventar el suyo propio. Así que continuó la tradición de las escritoras que desde su creatividad utilizan la no ficción para abordar sus observaciones, sentimientos, contextos, historias, visiones, recuerdos y sueños. Es una categoría de la literatura de ideas que se distancia de la academia y, sin embargo, le es útil y, por lo tanto, se incorpora a la lectura en el aula y sirve como tema de análisis e investigación académica sin ser un producto de ella.

También crecí en el feminismo, en el que el significado de la esfera privada es orgánico al significado macroestructural del poder, y uno se entiende como consecuencia del otro. Entonces, ver y luego examinar la relación entre la ansiedad individual y su expresión geopolítica es un impulso históricamente consistente. En la contemporaneidad, este lente me permite reconocer la transición de lo “gay”, como categoría amplia de personas severamente oprimidas, a un fenómeno más reciente de selectas minorías sexuales que acceden al aparato de castigo del Estado, a menudo gracias a su blanquitud, la ciudadanía, la reproducción normalizada de roles familiares y la seronegatividad. Las implicancias de estos cambios son instructivas para todos aquellos que pueden aprender de la experiencia queer. Este desplazamiento de oprimidos a opresores es fundamental para el contenido de este libro. Con la misma facilidad con la que sujetos antes subordinados o traumatizados pueden conspirar o identificarse con agresores, también otros grupos, antes subor-

dinados o traumatizados, pueden identificarse con la supremacía del Estado. En ambos casos, la falta de reconocimiento de que el pasado no es el presente, más que la autotransformación necesaria para resolver conflictos y producir justicia, ha conducido hacia la adquisición de un nuevo poder para castigar.

Mi rango de consideración es amplio. Los intelectuales y artistas queer ya no están obligados a permanecer dentro de nuestro gueto temático. Ya no tenemos que elegir entre la subjetividad queer y el mundo. El mundo, al menos el de las ideas, ahora entiende que se trata de dos dimensiones que están integradas. En algunos campos puedo apelar a mi “experiencia”, pero en otros tengo algo más profundo que ofrecer. Como artista, ofrezco al lector una forma ecléctica de entrar. No pertenezco a la escuela de pensamiento que trabaja a partir de “una idea larga y lenta”. En cambio, a lo largo de tres décadas de hacer libros, obras de teatro y películas, he desarrollado un estilo capaz de ofrecer al lector muchas muchísimas ideas nuevas a la vez. Algunas de ellas resonarán, algunas serán rechazadas y otras serán abordadas de manera tal que generarán ideas aún más nuevas por parte del lector. La historiadora Nan Alamilla Boyd me ayudó a comprender que mi falta de formación académica me convierte literalmente en “indisciplinada”. Esta noticia fue muy fugaz y un regalo que desearía haber recibido décadas antes. Ahora puedo pedirle que lea este libro de la misma manera en que miraría una obra de teatro: no para salir diciendo “¡La obra tiene razón!”, sino más bien para observar que revela el matiz humano, la contradicción, la limitación, la alegría, la conexión y la tragedia de la separación. Que la propia humanidad del dramaturgo es también un ejemplo de estas leyes ineludibles.

Estos capítulos no son homogéneos. Como escritora creativa, hace tiempo entendí que la forma debe ser una expresión orgánica de los sentimientos en el centro de la pieza. Cada capítulo cumple una función diferente y está representada en su tono, género, estilo y forma. Algunos son periodísticos, otros analíticos, algunos especulativos, otros abstractos, algunos son sólo sentimientos. Como novelista, sé que es la yuxtaposición acumulativa la que revela la historia.

Este no es un libro con el que se debe estar de acuerdo, una exhibición de evidencia o un despliegue de pruebas. En cambio, está diseñado para un pensamiento colectivo, interactivo, comprometido y dinámico en el que algunas ideas resonarán, otras serán rechazadas y algunas otras provocarán que los lectores produzcan nuevos conocimientos por sí mismos. Al igual que las relaciones auténticas y conscientes, las comunidades verdaderamente progresistas, la ciudadanía responsable y la amistad real, con la paciencia que todo esto requiere, te piden que seas interactivo.

ENFRENTAR Y LIDIAR CON EL CONFLICTO

Los ejemplos de violencia racista ejercida por la policía sin motivo, los hombres que golpean a sus parejas femeninas hasta dejarlas inconscientes en respuesta a un conflicto común y el asesinato masivo de civiles cuando tienen lugar actos de resistencia contra condiciones intolerables son actos de injusticia extremos pero cotidianos. Cuando ocurren estas crueldades, la situación ya está completamente fuera de control. Por esa razón, en este libro me interesa examinar el fenómeno de la sobredimensión del daño cuando comienza, en su etapa previa como *Conflicto*, antes de que escale y explote en tragedia. El desastre se origina en una reacción desmedida inicial al *Conflicto* y luego se intensifica hasta el nivel grave de *Abuso*. Es en la etapa del Conflicto que esos futuros horribles todavía no son inevitables y pueden resolverse. Una vez que estalla la crueldad, y tal vez la violencia, es demasiado tarde. O al menos requiere un nivel de reparación que está fuera de alcance de lo que muchos de nosotros haríamos sin aliento y apoyo. El conflicto, después de todo, está enraizado en la diferencia y las personas son y siempre serán diferentes. Con la excepción de los desastres naturales, que no son causados por fechorías humanas, la mayor parte del dolor, la destrucción, el desperdicio y el abandono de la vida humana que creamos en este planeta y más allá es consecuencia de nuestra reacción desmedida ante la diferencia. Esto se expresa a través

de nuestra resistencia a enfrentar y resolver problemas, que es una negación abrumadora a cambiar la manera en que nos vemos a nosotros mismos para hacernos responsables. Por lo tanto, cómo entendemos el Conflicto, cómo respondemos al Conflicto y cómo nos comportamos como espectadores frente al Conflicto de otras personas determina si tenemos o no justicia y paz colectiva.

En el centro de mi visión está el reconocimiento de que, por encima de todo, es la comunidad que rodea un Conflicto la fuente de su resolución. La comunidad tiene la responsabilidad crucial de resistir la reacción desmedida ante la diferencia y de ofrecer alternativas de comprensión y complejidad. Tenemos que ayudarnos unos a otros a iluminar y contrarrestar la sobre-dimensión del daño en lugar de usarlo para justificar la crueldad. Sugiero que tenemos una mejor oportunidad de interrumpir el dolor innecesario si articulamos nuestra responsabilidad *compartida* en la creación de alternativas. Buscar métodos de resolución *colectiva* de los problemas hace que estos saltos trágicos y destructivos sean más difíciles de lograr. Las personas que están siendo castigadas por no hacer nada, por tener conflictos comunes o por resistirse a situaciones injustificadas necesitan la ayuda de otras personas. Si bien hay muchas excusas para no intervenir en un castigo injusto, esa intervención es, sin embargo, esencial. Sin esas formas de intervención en las que la mayoría de las personas teme comprometerse, esta escalada no puede ser interrumpida.

En otras palabras, debido a que no cambiaremos nuestras historias para integrar las *razones* conocidas de otras personas e iluminar las que les son desconocidas, no podemos resolver los Conflictos de una manera productiva, equitativa y justa. Por eso nosotros (individuos, parejas, grupos de afinidad, familias, comunidades, naciones, pueblos) muchas veces pretendemos, creemos o afirmamos que el Conflicto es, en cambio, Abuso y por lo tanto merece castigo, es decir, que la sola diferencia de otra persona se tergiversa como un ataque que luego justifica nuestra crueldad y nos lleva a renunciar a la responsabilidad de cambiar. En consecuencia, la resistencia a esa falsa acusación de abuso se ubica como justificación adicional de una crueldad

aún mayor disfrazada de “castigo”, a través de la base ilógica de negarse a rendir cuentas y a reparar.

Mientras que las personas son castigadas en todos los niveles de las relaciones humanas por no hacer nada, por Conflictos comunes y por resistencia, simultáneamente tenemos la abrumadora actualidad de la violencia y el Abuso real. Existe una enorme literatura que analiza y cuantifica la violencia y el Abuso real. Hay movimientos políticos como Black Lives Matter y Palestine Solidarity que responden a esta violencia y Abuso real. Y, a nivel individual y familiar, existe una significativa Industria de la Recuperación, desde el punto de vista financiero y cultural, con libros, podcasts, videos, talleres y una amplia variedad de practicantes y técnicas de sanación. Debido a que tanto el discurso sobre la violencia y el abuso real como el proceso de recuperación ya están integrados en el ámbito comercial y cultural, no voy a repetir esa información acá. En cambio, en este libro estoy buscando algo particularmente diferente. Sin minimizar de ninguna manera el papel de la violencia en nuestras vidas, observo, *simultáneamente*, cómo una retórica intensificada de la amenaza que confunde el no hacer nada, el conflicto común y la resistencia con el abuso real ha producido una práctica generalizada de *sobredimensión del daño*, que se expresa a menudo en el “rechazo”, una resistencial a hablar en persona con otro ser humano o grupo de personas, y que utiliza la exclusión de su información, la obstrucción activa para que una persona sea escuchada, y la pretensión de que esta no existe. Estoy examinando la afirmación inexacta de “abuso” como sustituto de la resolución de problemas. Dejo en claro cómo esta desviación de la responsabilidad produce una separación innecesaria y perpetúa la ansiedad mientras provoca crueldad, rechazo, castigo inmerecido, encarcelamiento y ocupación. El título de este libro, *El conflicto no es abuso*, recomienda la responsabilidad mutua en una cultura que reacciona poco ante el abuso y sobredimensiona el conflicto. Me motiva separar los fenómenos culturales de sobredimensión del daño del daño mismo, porque esta separación es necesaria para conservar las protecciones y reconocimientos legítimos otorgados a la experiencia de la violencia y la opresión real. Este libro ofrece mu-

chos muchísimos ejemplos que espero ayuden a clarificar las consecuencias negativas de fusionar el Conflicto con el Abuso.

PUEDE OCURRIR UN CAMBIO POSITIVO

Debido a que participé, contribuí y fui testigo de cambios de paradigma progresivos, sé por mi propia experiencia de vida que, si bien la perfección es inalcanzable, un cambio positivo siempre es posible. La resolución no significa que todo el mundo sea feliz, pero puede significar que menos personas sean culpadas por un dolor que no han causado o que se las convierta en receptáculo de las ansiedades de otras, un hecho que habilita que menos personas sean deshumanizadas por falsas acusaciones. O, como sugiere Matt Brim, que cuando estamos en el ámbito del Conflicto podemos pasar de una construcción basada en la lógica del abuso, que implica los lugares de *victimario y víctima*, al reconocimiento más preciso de los involucrados como *partes en conflicto*, cada una con preocupaciones y derechos legítimos que debe ser considerados para producir una resolución justa.

Al comienzo de la epidemia del sida, las personas con VIH se encontraban entre las más oprimidas del mundo. Además de la opresión por raza, geografía, clase, género y sexualidad, se enfrentaban a una enfermedad terminal para la que no se conocían tratamientos. No tenían leyes de protección, ni servicios, ni representación, y no recibían compasión. Sus vidas no importaban y su pronóstico era un sufrimiento constante y una muerte masiva inevitable. Millones sufrieron y murieron sin cuidado, consuelo o interés, vilipendiados por crueles proyecciones, negligencia, exclusión y culpa injustificadas. Fueron sistemáticamente rechazados, sus experiencias y puntos de vista fueron excluidos de manera brutal de la política, la representación, las costumbres culturales dominantes y la ley. Fui testigo de primera mano de esto.

Sólo cuando las personas con sida y sus amigos intervinieron contra el statu quo y forzaron el fin del rechazo forzando una interacción a través de escraches, sentadas, organización

de agendas, acciones, interrupciones, cierres, denuncias, investigaciones y movilizaciones, se empezaron a hacer progresos sistémicos. El Estado teorizó esta indeseada insistencia por un trato adecuado como un acto de violación, calificándola de “conducta desordenada” en lugar de resistencia, una ilegalidad a ser sancionada y estigmatizada. Rechazaba a las personas con sida y, por lo tanto, no escuchaba lo que tenían para decir sobre cómo estaban siendo tratadas. Como resultado, se produjeron miles de detenciones de personas que intentaban salvar vidas, muchas de las cuales lucharon apasionadamente hasta el día de su muerte. En otras palabras, fue el maltrato y el rechazo hacia las personas con VIH lo que produjo su ilegalidad. Si el poder público las hubiera invitado a sus despachos y les hubieran dicho: “Acá tenemos un conflicto. Por lo tanto, debemos sentarnos juntos y resolverlo”, no habrían tenido que ejercer la desobediencia civil, razón por la que ellas y sus simpatizantes fueron arrestados por la policía. Fue el rechazo institucional lo que las forzó a hacer eso. Fue ese rechazo inmoral lo que las criminalizó.

Hoy entendemos que los actos de resistencia de esas personas fueron necesarios, heroicos y socialmente transformadores; que el hecho de que se les prohibiera hablar no significaba que estuvieran obligados a obedecer esas órdenes injustas. Como consecuencia, la experiencia de ser seropositivo ha cambiado drásticamente para muchos, aunque en absoluto para todos. La actitud, el trato, las leyes, la opinión pública, la responsabilidad social y la representación se han transformado de manera significativa. Los dos obstáculos principales que existen ahora son el estigma y la economía: la codicia de las farmacéuticas y las industrias del cuidado de la salud en un contexto de capital global. Lo que queda por abordar es una cuestión de voluntad política para que los tratamientos efectivos existentes puedan extenderse a todos, al margen de su nacionalidad, ubicación geográfica o clase social. Hoy se cierne un estigma renovado de criminalización del VIH. Se basa en las dinámicas fundamentales abordadas en este libro: la combinación de Conflicto y Abuso, y la sobredimensión del daño como justificación de la crueldad, incluso cuando los cambios radicales de actitud y la experiencia del VIH evolucionan simultáneamente.

Está claro por la historia que los avances culturales y políticos de carácter progresista no son naturales o neutrales y no ocurren por su propio impulso. Como mostramos con Jim Hubbard en la película que él dirigió y coprodujimos, *United in Anger: A History of ACT UP* [*Unidos en la ira: historia de ACT UP*] (2012), estos cambios para las personas con VIH/sida, dentro de una generación, se lograron mediante un activismo político radical, efectivo, creativo y diverso que actuó en múltiples frentes. El cambio requiere conciencia para impulsar una transformación de actitud. Una vez que hay un atisbo de conciencia, esto implica que hay lugar para hacerse cargo de las injusticias y, por lo tanto, puede existir una responsabilidad consecuente para su solución, que debe expresarse a través del comportamiento y no sólo del sentimiento. Sin embargo, como se aprendió con la crisis del sida, un cambio de actitud significativo, aunque habitado por muchos, es impulsado por una *masa crítica*, una pequeña y diversa colección de individuos con una intención enfocada y una acción efectiva que están a la altura de las circunstancias para cambiar literalmente nuestras mentes.

En el verano de 2014, el pueblo palestino de Gaza fue masacrado por los israelíes frente al abandono mundial. Hoy en día, las personas de Palestina, instrumentalizadas como chivos expiatorios, se encuentran entre las más victimizadas y, en general, entre las más atacadas del mundo. Observo cómo su sufrimiento y asesinato en masa se propaga a través de penetrantes representaciones deshumanizadas que las posicionan falsamente como “peligrosas” cuando, de hecho, son quienes están en peligro y necesitan desesperadamente una intervención externa. Aunque en este libro cito extensamente las voces de los palestinos de la Palestina Histórica y la diáspora, quiero comenzar con un artículo que la periodista judía Amira Hass escribió en julio de 2014 en el periódico *Haaretz* dirigido a sus connacionales israelíes:

Si la victoria se mide por el éxito en causar un trauma de por vida a un millón ochocientas mil personas (y no por primera vez) que esperan ser ejecutadas en cualquier momento, entonces la victoria es tuya y se suma a nuestra

implosión moral, la derrota ética de una sociedad descomprometida con la autoindagación, que se revuelca en la autocompasión sobre los vuelos pospuestos de las aerolíneas y se pule a sí misma con el orgullo de sentirse iluminada.

Hass identifica los elementos clave encontrados en muchas formaciones de grupos supremacistas, ya sean familias, camarillas o naciones. Es lo que el canadiense Jude Johnson ha llamado “meritocracia, derecho, mente enemiga”. Un grupo merece el derecho a no ser cuestionado y tiene derecho a deshumanizar al otro a quien malinterpreta como “amenaza” mientras utiliza esta distorsión como motivo de autocomplacencia, indiferente al dolor que causa y a las consecuencias negativas de largo plazo de sus acciones.

Si bien cada contexto tiene sus especificidades, recuerdo cuando las personas con sida eran universalmente tratadas como parias peligrosas, intrínsecamente culpables, acusadas de ser depredadoras, excluidas, silenciadas y amenazadas mientras se les negaba el derecho a la investigación, protección o, incluso, a cierta amabilidad, por lo que eran condenadas a sufrir y morir de a millones. Muchos de mis amigos se encontraban entre aquellas. Muchos más son perseguidos de por vida por el espectro de ese sufrimiento.

Entiendo que no se puede hacer una comparación directa, sólo la resonancia de la memoria histórica, pero sé que la persecución, la experiencia de muerte masiva y el abandono de los palestinos, justificados en sintonía por un mismo tipo de representaciones falsas, afirmaciones injustas de Abuso, proyecciones de un Trauma causado por otros, ideologías supremacistas e interpretaciones distorsionadas, pueden ser transformados. Pero primero estas construcciones tienen que ser reconocidas. Cualquier dolor que los seres humanos sean capaces de crear puede ser trascendido. Pero tenemos que entender lo que estamos haciendo. Esta transformación también requiere una masa crítica, un grupo pequeño, eficaz, centrado e inspirado de personas que puedan combinar un pensamiento moral claro con la asunción de responsabilidad expresada a través del desafío directo a la brutalidad y la acción organizada. Puede ser

un pequeño grupo de amigos conscientes que ayude a una persona que está confundiendo Conflicto con Abuso a encontrar alternativas. Pueden ser dos miembros de una familia que no adhieren a un modo de enjuiciamiento poco ético interpretado falsamente como “lealtad”. Puede ser una vanguardia de activistas en una ciudad o un estrato minoritario del mundo que objeta la victimización e interviene para generar cambios. En una sociedad, esto puede ser tarea de unas pocas miles o incluso cientos de personas. En la vida de una persona, o en la vida de una familia o comunidad, pueden ser dos amigos.

En julio de 2015 Tom Bartlett, en *Chronicle of Higher Education*, conmemoró la masacre en la ciudad bosnia de Srebrenica revisando algunas investigaciones recientes de psicólogos sociales que estudian la resolución de conflictos. Los hallazgos parecen obvios y, sin embargo, mucha gente los rechaza. “Más contacto entre grupos reduce los prejuicios”, concluye Bartlett. “El estatus de los grupos debe ser respetado como igualitario. Los que tienen autoridad deben ser solidarios. El contacto debe ser más que superficial.” Un meta análisis de quinientos quince estudios en los que participó un cuarto de millón de personas concluyó que

el contacto intergrupual fomenta “una mayor confianza y perdón por transgresiones pasadas”. Los efectos son evidentes independientemente del género, la edad, la religión o la etnia. Parecen mantenerse incluso cuando el contacto es indirecto –es decir, es menos probable que uno sea prejuicioso contra cierto grupo si un miembro de tu grupo es amigo de un miembro de ese otro grupo–. Un estudio de 2009 publicado en *American Psychologist* encontró, de manera algo increíble, que simplemente pensar en las interacciones positivas con un miembro de otro grupo reduce los prejuicios. El contacto imaginario puede ser mejor que no tener ninguno.

Sin embargo, una y otra vez, la obstinación por estar en lo cierto y la negativa a ser autocrítico se expresan como una forma de dominio que depende de la capacidad para evitar o excluir a

la otra parte. Aquellos que buscan justicia a menudo organizan a sus aliados para forzar modos de contacto, conversaciones y formas de negociación. Tratar de crear puentes de comunicación es casi siempre la lucha más difícil para aquellos que son falsamente culpados. Y movimientos enteros están estructurados en torno al objetivo de obligar a una parte a enfrentarse a la realidad de la otra y, por lo tanto, a enfrentarse a sí misma. Por supuesto, esta lucha de poder sobre si las partes opuestas pueden hablar o no es una enorme cortina de humo que cubre el problema real, la esencia de lo que necesitan hablar, a saber, la naturaleza y la resolución del conflicto.

En el ámbito de la geopolítica, ese impulso humano de acabar con la crueldad y crear reparación está representado, en un ejemplo, por el movimiento palestino Boycott, Divestment and Sanctions [boicot, desinversión y sanciones] (BDS), fundado en 2005. Se trata de un movimiento global no violento centrado en la acción de interrumpir el apoyo económico, académico y cultural a la maquinaria bélica de Israel para, en su lugar, promover la garantía de los derechos humanos básicos: los derechos de los refugiados, el derecho a la libre circulación, los derechos a la autonomía básica. Esta es una meta alcanzable que depende de la conciencia y la acción de la comunidad, y a la cual deben contribuir los consumidores, estudiantes, iglesias, empleados con planes de jubilación, artistas e intérpretes y empresas con inversiones. Para los estadounidenses que se oponen a estas crueldades y acciones deshonorosas, un objetivo es poner fin a la financiación militar estadounidense que facilita la ocupación israelí en Palestina.

Este libro comienza en el ámbito más íntimo de la diferencia personal que confunde ansiedad con amenaza: el miedo sexual, el desacuerdo doméstico, la proyección individual de experiencias pasadas en el presente o la falta de apoyo de amigos y familiares para dismantelar interpretaciones distorsionadas. Luego pasa al segundo nivel: la relación entre las reacciones desmedidas y el Estado, y la responsabilidad de las comunidades de ayudar a los individuos a avanzar hacia la reparación sin capitular ante el poder estatal. Es aquí donde encontramos las raíces del problema: Sobredimensión del Daño, Falsas Acusaciones

de Culpa, Castigo por Resistencia, Proyección, Rechazo y Exclusión, Intimidación Grupal, *Bullying* Grupal, Conceptos Falsos de Lealtad, Crueldad en lugar de Responsabilidad, Interpretaciones Distorsionadas/Padecimientos Mentales y el estigma de reconocer esto en las personas que amamos o podríamos amar. Es en el ámbito personal de la gente que conocemos, las instituciones con las que interactuamos y las autoridades a las que empoderamos donde se pueden realizar estas transformaciones. Ahora mismo, el Estado y relaciones grupales superficiales confabulan para escalar el conflicto y obstruir la reparación. Como trato de mostrar una y otra vez, negarse a ser autocrítico para resolver los conflictos aumenta el poder del Estado. Podemos oponer resistencia a este proceso. Como individuos, tenemos un enorme poder en la forma en que abandonamos al chivo expiatorio o, en cambio, lo defendemos. Tenemos el poder de cambiar los modos en que fomentamos el rechazo para, en su lugar, hacer el trabajo necesario para facilitar la comunicación. Cambios simples en el comportamiento personal y sus expresiones en las estructuras políticas de poder producen normas públicas, a su vez capaces de cambiar, que pueden marcar grandes diferencias en las experiencias individuales y colectivas.

Por ejemplo, cuando tenía 16 años, en 1975, y me enfrenté a la brutalidad de la homofobia de mis padres, fui a ver al tutor de mi escuela secundaria. Me dijo que no les dijera a mis compañeros que era lesbiana porque podían rechazarme. En otras palabras, en lugar de intervenir defendió la interpretación distorsionada, el castigo injusto y la exclusión. Hoy, cuando escucho a mis alumnos hablar de la homofobia en sus familias, los conecto con aspectos de la comunidad LGBT, les proporciono alternativas en el aula y me ofrezco a hablar con sus padres, es decir, a intervenir y hacer frente a la brutalidad con el fin de proteger a sus destinatarios y transformar su contexto. Hago esto en medio de una masa crítica de otros profesores que toman el mismo curso de acción y, de esta manera, hay un cambio de paradigma en el que la escuela, que en mi caso fue parte del sistema de opresión, puede convertirse en parte de la resistencia y de la solución. Este es el tipo de paso que estoy pidiendo, y que creo que

es posible tanto dentro como fuera de las instituciones y con amigos. El pasaje de espectador cómplice a participante activo del cambio es el mismo tipo de cambio de actitud que muchos de nosotros atravesamos en relación con las personas con sida y el que debe darse en la relación con el pueblo de Palestina. Pero no estoy pidiendo esto sobre la base de un principio de intercambio de un desastre por otro sino, más bien, como una transformación de nuestra mentalidad colectiva. Al diferenciar entre Conflicto y Abuso, podemos convertirnos en activistas, con nuestros amigos, familias, comunidades, lugares de trabajo, localidades, religiones y naciones, contra la producción de chivos expiatorios y las formas de rechazo a pequeña y gran escala, del mismo modo que podemos contribuir a la creación de dinámicas grupales fundadas en la responsabilidad y la reparación.

En este libro transformo cincuenta y siete años de vida y treinta y cinco años de escritura en una conclusión crítica: que desde el potencial más potente potencial para la intimidación entre extraños hasta los momentos de la intimidación doméstica entre amantes, y desde los reclamos del Estado sobre sus ciudadanos hasta los fenómenos geopolíticos del asesinato en masa somos testigos de una continuo. Es decir, se utilizan falsas acusaciones de daño para evitar reconocer la complicidad en la creación de conflictos y, en su lugar, conflictos de carácter común escalan a niveles de crisis. Esta elección de castigar en lugar de resolver es producto de una interpretación distorsionada y se basa en el refuerzo de las relaciones grupales negativas cuando, en cambio, estas ideologías deben ser desafiadas de manera activa. Mediante esta sobredimensión del daño, las acusaciones falsas se utilizan para justificar la crueldad, mientras que el rechazo evita que la información entre en el proceso. Las resistencias al rechazo, la exclusión y el control unilateral, si bien son necesarias, se caracterizan erróneamente como daño y son utilizadas para volver a justificar aún más escaladas de intimidación, intervención estatal y violencia. Hacer hincapié en la comunicación y la reparación, en lugar de en el rechazo y la separación es la clave para transformar estos paradigmas.

PRIMERA PARTE

EL YO CONFLICTIVO Y EL ESTADO ABUSIVO

El capítulo uno establece las diferencias fundamentales entre Conflicto y Abuso en el ámbito del corazón, lo íntimo: el coqueteo, las relaciones, los hogares y los círculos de amistad circundantes. Acá comenzamos la conversación sobre lo que sucede cuando el Conflicto se representa erróneamente como Abuso en el ámbito personal, y cómo las nuevas tecnologías corrompen potenciales afectos, entendimientos, negociaciones y amores.

En el capítulo dos entro en la arena del Estado aprendiendo del trabajo de la defensora antiviolencia Catherine Hodes para comprender la diferencia entre Conflicto y Abuso en relación con los proveedores de servicios sociales.

El capítulo tres comienza a aplicar estas ideas examinando una expresión de la sobredimensión del daño en la que se llama a la policía o se apela al Estado en asuntos en los que el Conflicto se tergiversa como Abuso. Al tratar de entender cómo la policía se convirtió en árbitro de nuestras relaciones, observo la evolución histórica desde la creación del movimiento feminista antiviolencia en la década de 1960 hasta el control estatal contemporáneo del ámbito doméstico: cómo la política de resistencia se convirtió en parte del aparato estatal de control, a menudo usando las mismas palabras. De la misma manera, examino de qué modo las diferencias de raza y clase afectan los enfoques legales y sociales contemporáneos sobre abuso en la intimidad de las parejas, y cómo la incapacidad de los individuos para resolver problemas sirve a los intereses del Estado.

El capítulo cuatro amplía estos fundamentos a través del sorprendente ejemplo de la criminalización del VIH en Canadá y muestra cómo la presentación “moderada” de una sociedad neoliberal puede encubrir la producción extrema de chivos expiatorios del conflicto y la explotación de la ansiedad sexual iniciada y agravada por el propio Estado. Allí examino algunas de las formas en que los gobiernos se confabulan con los ciudadanos para desviar la ansiedad (del latín *angustus*, que significa “estrecho”) hacia reclamos de infracciones penales.

SEGUNDA PARTE EL IMPULSO A ESCALAR

Una vez que establecida la relación entre la sobredimensión del daño y el abuso por parte del Estado, empiezo a desentrañar algunas de las razones por las que las personas se ven obligadas a escalar. La pieza central de esta dinámica es el papel de los grupos “malos” en el fomento de la intimidación y el rechazo en lugar de la pacificación. La escalada es la consecuencia clave de negarse a resolver problemas o negociar, y exige nuestra atención como obstáculo central para la paz y la justicia.

En el capítulo cinco analizo cómo el Comportamiento Traumatizado y la Ideología Supremacista se parecen entre sí, cómo ambos producen interpretaciones distorsionadas que buscan niveles irrazonables de control sobre otras personas y no toleran la autocrítica o la diferencia. Propongo una liberación del estigma en torno al reconocimiento del padecimiento mental, la interpretación distorsionada y la ansiedad, y sugiero que se reconozcan pública y comúnmente como fuentes que contribuyen a esta intolerancia y control. Asimismo, trato de ver la negación cultural de estas manifestaciones de interpretaciones distorsionadas como una estrategia para la imposición de la dominación.

El capítulo seis profundiza aún más esta discusión al retomar la preocupación contemporánea por los “detonantes”, es decir, el momento de la escalada, en especial en secuencia con el rechazo. Aquí examino cuatro sistemas distintos de pensamiento que reconocen la secuencia detonante + rechazo como pieza central de la injusticia y el dolor: el Psicoanálisis Tradicional, la Psiquiatría Contemporánea y su contraparte comercial, la Psicología Popular, el *Mindfulness* y AA, la contraparte de Alcohólicos Anónimos centrada en las parejas y familias de alcohólicos. Examino cómo cada una de estas perspectivas entiende el papel del grupo “malo” (pareja, familia, comunidad, amigos, religión, nación, pueblos) como ejecutores de una escalada impulsada por un daño sobredimensionado. Observo cómo estos sistemas divergentes de pensamiento se unen al ofrecer lo que Stephen Andrews llama “realinea-

miento” de los grupos “malos” y se centran en la demora como método para evitar una escalada injusta.

En el capítulo siete considero el papel de la familia como lugar peligroso de producción de esa lealtad negativa basada en el grupo, el control masculino y la violencia. Sugiero que la creciente legitimidad de algunas personas LGBT en relación con el Estado a través de la estructura familiar tradicional refuerza algunos de los aspectos problemáticos de esa estructura y cómo, en particular, los supuestos en torno al rol de la madre siguen siendo antitéticos a la socialización del poder, incluso en las familias queer, y su relación con el Estado. Esta alineación entre familia y Estado nos hace cada vez más cómplices de un aparato gubernamental de castigo que no aborda las fuentes reales del conflicto y, en cambio, se basa en la reacción desmedida en lugar de en la reparación.

TERCERA PARTE

SUPREMACÍA/TRAUMA Y LA JUSTIFICACIÓN DE LA INJUSTICIA: LA GUERRA ISRAELÍ CONTRA GAZA

Finalmente, en el capítulo ocho, represento las primeras tres semanas de la guerra israelí contra Gaza vista desde lejos a través de las redes sociales en el verano de 2014. La analizo como una producción de todos los elementos discutidos y acumulados a lo largo del libro. Muestro cómo la negativa a asumir la responsabilidad en el proceso de creación tanto de Conflicto como de Abuso y en historias falsas de carácter unilateral sobre la razón inapelable de una de las partes, en combinación con los lazos negativos en torno a la figura del grupo “malo”, reforzados por el rechazo e impulsados tanto por la Ideología Supremacista como por el Comportamiento Traumatizado, producen lo que el historiador israelí Ilan Pappé llama “genocidio progresivo”.

En la conclusión exploro cómo las personas con compromisos sociales tienen la responsabilidad especial de intervenir para acabar con el rechazo, facilitar la comunicación y hacer el trabajo necesario para revelar puntos de vista complejos so-

bre el comportamiento humano, a medida que practicamos la autocrítica y nos plantamos ante los grupos negativos. Detallo las tareas y los dones de la solidaridad real en el proceso de construcción de la paz, y su necesidad para aquellos que imaginamos un futuro mejor. “El Deber de Reparar” nos pertenece a todos, pero en especial a quienes reclaman acceso a una conciencia social.

Sarah Schulman
Nueva York, 2 de marzo de 2016